

Soy un cineasta panfle-
tario. Mis películas tienen
una finalidad didáctica que
no cesa de subrayar. El guión y
las cámaras están al servicio del
mensaje político que quiero trans-
mitir, o sea, al servicio de la revolu-
ción socialista y de la lucha con-
tra el imperialismo yanqui. No creo
en la objetividad. Ni los dibujos
de Walt Disney son políticamente
inofensivos, ni las comedias de al-
coba hollywoodenses. La porno-
grafía tampoco es sólo pornografía;
hay una manera de leer la porno-
grafía como táctica diversio-
nista: concentrar la atención del
espectador en el sexo, sobrecar-
garlo de cópulas, de posiciones
más o menos variadas, persigue
la finalidad de que olvide los pro-
blemas del mundo, que crea que
el sexo es el eje de la historia y
no la lucha de clases. El cine que
yo hago y el cine que otros com-
pañeros revolucionarios hacen, en
cambio, cumple una función de
documento histórico, de especta-
dor comprometido; donde está
transcurriendo la historia, allí va-
mos con nuestras cámaras, a tes-
timoniarnos una realidad. Pero no la
testimoniamos sin sacar conclusiones,
no la testimoniamos sin apun-
tar un mensaje político; no tene-
mos tiempo ni dinero como para
lanzar balas perdidas. Somos po-
bres, cada fotograma son divisas
que nos ha entregado el Estado
cubano —o sea, el pueblo de Cu-
ba—, y que cuestan mucho sudor,
mucho azúcar. Nos sentimos res-
ponsables del uso de ese dinero.
Estamos en guerra permanente
contra el imperialismo, en Cuba
como en Angola, en América Lati-
na como en Mozambique. Lo que
no inventamos, por supuesto, es
la realidad. Si nos trasladamos a
Camboya y registramos los críme-
nes cometidos en la frontera con
Vietnam, en la provincia de Tai-
min, somos objetivos porque trata-
mos de registrar con las cámaras
lo que está sucediendo, a veces
corriendo los riesgos que están
corriendo los combatientes. Pero,
¿por qué no habríamos de correr-
los? Nosotros también somos
combatientes.

—La Revolución cubana ha co-
metido errores, muchos errores.
Somos los primeros en confesar-
los. Se los hemos confesado al
pueblo, hemos sido honestos en
todo momento. Y hemos cometi-
do errores porque tenemos diecinueve
años de vida. Para un ser
humano, diecinueve años es toda-
vía la adolescencia; para una revolu-
ción, significa que muchas cosas
han debido corregirse, y otras es-
tán en camino de perfeccionarse.
No tuvimos modelos a que referir-
nos. Las revoluciones, cuando su-
ceden, tienen pocas experiencias
que sirvan para abreviar etapas,
para evitar errores. Hay que in-
ventarlo casi todo.

Santiago Alvarez: UN CINE MILITANTE

CRISTINA PERI ROSSI

Santiago Alvarez nació en La Habana en 1910. Vivió un tiempo en los Estados Unidos, trabajando de lavaplatos y en las minas de carbón de Pensilvania. En 1940 regresó a Cuba; sus experiencias en los Estados Unidos condicionarían una de sus películas (Now) y su adscripción al Partido Comunista Cubano.

—Mi cine es político. Hago propaganda política, es verdad. Mi preocupación esencial es informar al pueblo, mostrar la realidad en otras zonas del mundo; soy tan didáctico como político. Suelo incluir carteles o títulos en medio del montaje para reforzar, para enfatizar ideas y pensamientos que me parece necesario destacar. Es más: creo que todas las actividades humanas son políticas, y el cine de ficción también tiene que ser político, la poesía debe ser política, hasta la música tiene que ser política. Estoy al servicio de mi pueblo y de mi partido. El proceso revolucionario cubano es mi principal fuente de inspiración cinematográfica. Hago el cine que creo necesario hacer para golpear, para herir al imperialismo. Ahora nos hemos trasladado a África para testimoniar el viaje de Fidel Castro a varios países socialistas: Libia, Yemen, Tanzania, Somalia, Mozambique, Angola, Congo y

Etiopía. La película que filmamos allí, "El octubre de todos", se rodó prácticamente en los pocos días que duró el viaje, y a veces en muy malas condiciones; presencié algunos combates, tuvimos que filmar desde aviones o desde autos de la escolta, pero al fin preparamos un documento que creo es el primero en el mundo: registra el nacimiento y el desarrollo en su primera etapa de la revolución en África, un continente apasionante, fresco, vivo, de una extraordinaria ingenuidad, donde las secuelas del colonialismo son brutales: hay países donde de cada mil niños que nacen mueren cerca de trescientos, y donde el promedio de vida es de treinta años.

¿Quién da las órdenes?

La Filmoteca Nacional invitó a Santiago Alvarez a asistir a la proyección de algunos de sus films en sus salas de Madrid, Valencia y Barcelona. Los debates suscitados por la proyección de estos documentales giraron acerca del posible culto a la personalidad en Cuba, sobre la libertad del autor y sobre las formas estéticas del realismo socialista. Santiago Alvarez

contestó casi siempre en forma directa, tajante, aunque una ironía bastante fina parecía rondar las respuestas más brutales. (Cultivo el cine tanto como la ironía.) Muchos debieron pensar que se trataba de un embajador oficial del Gobierno de Fidel.

—Los miembros del ICAIC pueden proponer ideas o temas para nuestros documentales o para nuestras películas. Es nuestra conciencia política la que determina si lo hacemos o no. La única restricción la dicta nuestra fidelidad a la revolución. Hoy día conseguimos que nuestros noticieros se exhiban como principal atracción y que haya más gente haciendo cola para ver "De América soy y a ella me debo" (documental sobre el viaje completo de Fidel Castro) que para ver "Tiburón".

—Por supuesto que sé y he visto buenas películas realizadas en otros países, en Europa, por ejemplo, que analizan también desde una perspectiva política al capitalismo, o las relaciones humanas, que son, en el fondo, reflejo de las relaciones de clase. A mí "El último tango en París" me pareció una buena película. Pero insisto: somos un país pobre, un país que depende todavía de la venta del azúcar, de la agricultura, y no tenemos divisas como para comprar



"Estamos en guerra permanente contra el imperialismo, en Cuba como en Angola, en América Latina como en Mozambique". En la foto, Agostinho Neto visita diversos lugares de Cuba en compañía de Fidel Castro.



Santiago Alvarez: "Mi cine es político, hago propaganda política, es verdad; mi preocupación esencial es informar al pueblo, mostrar la realidad en otras zonas del mundo".

todo lo que se vende. Entonces, si tengo que elegir entre "El último tango en París" y una película que narra una huelga minera, elijo esta última. Pero en cuanto al cine pornográfico, no nos cabe ninguna duda: es un cine al servicio del imperialismo. En cambio, hay manifestaciones artísticas llenas de erotismo (la pornografía es la gula del sexo; el erotismo es la poesía del sexo) y el erotismo nos parece hermoso, bello. Somos un pueblo erótico, un pueblo sensual y alegre. Hemos hecho la Revolución también con canciones, bailando en la calle, como la hacen los africanos, porque las verdaderas reservas de la vida están en el Tercer Mundo. Europa es un continente cansado, viejo, que padece esclerosis.

Aunque todos los ciudadanos del mundo pueden comprender el sentido del cine cubano y en particular el de Santiago Alvarez, es posible que algunos espectadores, luego de la agradable sorpresa de encontrarse con un cine sin actores profesionales y que tiene como función principal enseñar, ilustrar, documentar, politizar, sufran un conocido fenómeno de paranoia: se aterroricen ante la posibilidad de que el cine sea sólo eso. ¿Qué será entonces, por ejemplo, de la gran saga de Bertolucci, o de los

admirables frescos de Pasolini? Algunas de las críticas revestidas de escrúpulos estéticos que se hacen al cine de Santiago Alvarez y aún más al de otros realizadores cubanos encierran este temor. El miedo a que el realismo socialista se imponga como estética única y exclusiva. Sin embargo, creo que nace de un error; pensar que los modelos revolucionarios pueden adaptarse a cualquier situación y que se implantan como fórmulas fijas. Si, como dice bien Santiago Alvarez, este cine nace de una necesidad concreta de la Revolución cubana y de su lucha contra el imperialismo, otras situaciones revolucionarias, en otras fases de lucha, exigirán otras fórmulas. En todos los casos será siempre la inmersión del artista en el proceso y su auténtica vinculación con el pueblo quienes hagan nacer las formas correspondientes. En todo caso, sería bueno pensar que diecinueve años de revolución pueden estar por parir a ese hombre nuevo que tanto se ha reclamado y frente al cual estamos irremediablemente viejos, si continuamos juzgando y mirando con ojos que ven, por primera vez en la pantalla, cómo el continente africano se pone de pie y echa a andar, nosotros, que hace años erradicamos la tuberculosis y el hambre. ■

Asamblea de escritores

DESUNIDOS, abúlicos e insolidarios como hasta ahora, no conseguiremos nada práctico. Sólo unidos estrechamente, luchando codo con codo y sabiendo dónde vamos y lo que queremos, podremos defender eficazmente los intereses morales y materiales de los escritores españoles.

Son palabras del presidente de la nueva organización —cuyos estatutos fueron recientemente legalizados— en la asamblea constitutiva de la Asociación Colegial de Escritores celebrada el pasado viernes 31 de marzo en el salón de actos del Instituto Nacional del Libro. Agrupando ya a doscientos ochenta afiliados —que cumplen la condición esencial de haber publicado por lo menos un libro— la Asociación nace con objetivos claros y finalidades concretas. Aparte de la defensa encendida de la libertad de expresión —esencial y básica para toda tarea intelectual— se propone fomentar y expandir la vida cultural española; defender los intereses materiales y la dignidad social de sus afiliados; ampararlos en el ejercicio de sus actividades profesionales y defenderlos con arreglo a los derechos que las leyes les reconocen, así como en todas sus reivindicaciones, con especial hincapié en su participación directa en la reglamentación de la Ley del Libro y en el INLE en paridad de condiciones con los demás gremios representados en el Instituto del Libro.

En la asamblea del viernes, a la que concurrieron numerosos escritores y que prolongó sus deliberaciones durante más de tres horas, se eligió democráticamente la junta directiva de la organización que ha de sustituir a la Comisión Gestora que ha venido funcionando hasta finales de marzo. Los elegidos en la votación fueron los siguientes: Presidente, Angel María de Lera; vicepresidente, Francisco García Pavín y Guillermo Díaz Plaja; secretario, Eduardo de Guzmán Espinosa; tesorero, Ramón Hernández, y vocales, Carmen Conde, Antonio Ferrer, Alfonso Grosso, Agustín Lafourcade, Juan Mollá y Andrés Soler. ■ G.

